

VIA CRUCIS salida Catequesis Ntra Sra Africa (Galapagar) 25 y 26 marzo 2023

ESTACIONES:

1ª ESTACIÓN: CONDENA (Pilato)

Pilato: El juicio de Jesús... el juicio de Jesús. Claro que lo recuerdo. Sinceramente aquello no tuvo nada que ver conmigo, en aquel momento los romanos estábamos para hacer cumplir la ley del César y cobrar impuestos, pero no nos metíamos en asuntos religiosos, ¡faltaría más! suficiente trabajo había...

Pero aquello fue distinto. Algo habíamos oído ya, los sacerdotes y los escribas se habían quejado varias veces, decían que estaba cambiando las cosas y no estaban contentos, pero a mi plin.

Bueno, plin tampoco, porque llevarles la contraria era aún más descontrol, más problemas, peor fama... y eso desde luego no me lo podía permitir.

Lo trajeron entre soldados, uno de sus amigos les había dicho dónde iban a estar. Por treinta monedas nada más. Si le vendieron sus amigos alguna razón habría ¿no?

Pero el caso es que entre los gritos y el revuelo yo no entendía nada, pedían una condena pero no se explicaba por qué, todos estaban enfadados pero a Jesús se le veía sereno... serio, por supuesto, pero nada parecido a otros presos.

Intenté quitármelo de encima, los mandé a Herodes, les insistí en que lo solucionasen ellos. Pero volvieron a traerlo... Claudia, mi mujer, ya me había pedido que lo dejase ir... Y ella nunca intervenía en temas políticos. Supongo que tenía la misma impresión que yo, aquel hombre era inocente.

Siguieron insistiendo. Lo mandamos azotar... No fue suficiente, querían una verdadera condena, la mayor posible... Yo seguía sin encontrar culpa en él, nada en su actitud, sus palabras o su mirada tenían que ver con aquellas ofensas de las que se le acusaba. Entonces se me ocurrió, siempre soltamos un preso por Pascua, era tradición, después de los castigos y las burlas era el camino perfecto para dejarle ir. Pero algo debían de haber anticipado, porque al preguntar se negaron, pidieron soltar a Barrabás y para Jesús la Cruz.

Y ahí me di cuenta de que no había otro camino, me habría gustado defenderle, de verdad... pero no podía permitirme que el descontento llegase a Roma, que se enterasen de mi falta de autoridad, que me quitasen el poder... Así que me desentendí, dejé que lo condenaran como querían.

30 monedas de plata y mis manos lavadas, eso condenó a Jesús.

2ª ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ Y CAE 3 VECES (Pedro)

Soy Pedro, uno de los 12 apóstoles. Quizá me conozcáis también como Simón. O quizás sepáis quién soy porque fui el discípulo que, aun amando profundamente a Jesús, le negué tres veces. Ya que estáis aquí, quizás sea una buena oportunidad para que realmente conozcáis qué pasó ese día y cómo fue ver a Jesús cargando con la cruz después de haberle fallado.

Después de que apresaran a Jesús, la mayoría de los apóstoles nos separamos para escondernos. No queríamos que nadie nos viera. ¿Qué hubiese pasado con nosotros si después de que apresaran a Jesús se dieran cuenta de que éramos sus amigos? Teníamos tanto miedo que solo podíamos pensar en huir. Yo me quedé en el patio de la casa de Caifás, donde los soldados se habían llevado a Jesús, intentando pasar desapercibido entre la gente. Era una noche bastante fría, por eso me puse cerca de un fuego que había allí para intentar calentarme. Pero, al poco tiempo, mientras estaba a la luz del fuego, una sirvienta me vio la cara y dijo: "¡Yo te conozco! ¡Tú andabas con Jesús!". En ese momento algo me recorrió todo el cuerpo. Tuve miedo. No sabía qué hacer. Habían descubierto que era amigo de Jesús, ¿y si me apresaban también a mí? Estaba asustado, únicamente quería pasar desapercibido, que no me hicieran daño. Por

eso, respondí: “No. No es cierto. No sé de qué hablas”, y me fui hacia la puerta para intentar escabullirme sin que nadie se diera cuenta de quién era. Entonces otra sirvienta me vio y les dijo a los demás: “¡Este hombre andaba con Jesús!”. Pero yo volví a contestar: “¡Ni siquiera sé quién es Jesús!”. También un hombre dijo: “Tú eres uno de ellos. Se te nota, hablas como los galileos, igual que Jesús”. Pero yo juré otra vez que ni conocía a Jesús, ni tenía nada que ver con él.

Justo en ese momento, un gallo cantó. En ese momento vi cómo Jesús me estaba mirando y me acordé de las palabras que Jesús me había dicho: “antes de que ante un gallo me negarás tres veces”. ¡Cómo pude hacer eso! ¡Por qué lo hice! Todavía me lo sigo preguntando. Jesús era mi amigo y yo le quería, no sé cómo pude ser tan cobarde. Inmediatamente salí de la casa y lloré mucho. La verdad que cada vez que lo recuerdo me lo perdono menos a mí mismo. No entiendo como pude hacerlo... De todas formas, aunque puede que esta sea la parte de la historia que ya conocéis, antes de que os vayáis también quiero contaros algo más muy importante que pasó después de esto.

Reflexión:

Horas después de que el Sanedrín juzgase a Jesús, como habéis escuchado al empezar el Vía Crucis; Pilato, tras la aclamación popular del pueblo, condenó a Jesús a morir crucificado. Jamás olvidaré el momento en el que, después de que los soldados le golpeasen una y otra vez, le pusiesen una corona de espinas y se burlasen de él; Jesús cargó a sus espaldas una cruz de al menos, su mismo tamaño. No era capaz de entender por qué Jesús tenía que estar cargando con aquella cruz tan pesada. Empezó a caminar con ella mientras subía el monte, pero era imposible mantenerse en pie cargando semejante peso. Después de lo que yo le había hecho, ver a mi amigo Jesús caerse de aquella manera... No era capaz de mirar. Ni siquiera entendía qué sentido tenía cargar con aquella cruz...

Mientras Pedro estaba abajo, en el patio interior, llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote. Al ver a Pedro calentándose junto al fuego lo reconoció y le dijo: «¡Tú también estabas con Jesús de Nazaret!». Pero él lo negó diciendo: «¡No sé ni entiendo de qué hablas!». Y salió afuera, a la entrada del palacio, y cantó un gallo. De inmediato cantó un gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres». Y se puso a llorar. (Mc 14,66-68.72)

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: «¡Salve, rey de los judíos!». Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo (Mc 15,16-20).

Entonces [Pilato] se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota). Juan 19, 16-17

Quizás os sigáis preguntando por qué os estoy contando todo esto y por qué fue algo tan importante para mí. En ese momento no fui capaz de darme cuenta, pero después de muchos años, de haberlo pensado mucho y de habérselo preguntado muchas veces a Jesús, he descubierto que la clave está precisamente en la cruz.

En esta estación, Jesús carga con su cruz, carga con nuestros pecados para llevarlos hasta su Padre. La cruz simboliza todas aquellas cosas de nuestra vida que llevamos encima, que nos pesan, nos cuestan y no nos dejan seguir a Jesús. Aquellas cosas que

no nos dejan ser libres, que nos quitan libertad para vivir como cristianos, siguiendo a Jesús. Esas cosas que arrastramos y nos duelen, nos provocan sufrimiento y no nos dejan vivir la felicidad de Dios. La cruz es nuestro pecado. Esto es el pecado, aquello que no nos deja vivir en el don de Dios, una comunión más plena con Dios. Al cargar con la cruz, Jesús se cae, porque la cruz pesa, cuesta llevarla, es difícil, duele. El pecado es algo que nos arrastra, nos ata, nos pesa y hace que nos caigamos. Nos quita libertad y nos impide acercarnos a Dios, ¡no nos deja ser felices!

Sé que es difícil hacerse una idea, por eso, os propongo una forma más sencilla para que podáis entender un poco mejor a lo que me estoy refiriendo.

3ª ESTACIÓN: EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A CARGAR LA CRUZ (El Cirineo)

Historia a relatar

¿Quién ayuda a quién?

Soy Simón de Cirine, me conocéis seguramente como el Cirineo.

La escena que estáis viendo, me cambió y os voy a contar cómo y porqué.

Era un viernes cualquiera, como muchos días, por la calle pasaban los guardias custodiando algún delincuente que cargaba con su cruz camino del Gólgota. Siempre intentaba encontrarme en algún punto del camino con ellos, me gustaba verlos y ponerles cara, ellos se lo habían buscado, eran asesinos o ladrones que vivían como querían mientras el resto trabajamos duro para vivir un poco mejor.

Pero ese día era distinto, había gente llorando, y pidiendo a un Dios que salvara a su hijo. No lo entendía, normalmente la gente abuchea a los delincuentes... y hoy, ¿están suplicando su perdón? Miré entonces a Jesús, le miré a la cara y nuestros ojos se encontraron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, no parecía un delincuente.

Me quedé inmóvil y Jesús cayó delante de mí, un guardia me gritó: "Ayúdale con la Cruz", y en ese momento salí del trance.

Dice Simón de Cirine: - ¿Ayudar yo?, ¿A cargar una cruz de un delincuente?, ¿Y que la gente piense que soy yo el delincuente?, ¿Está loco usted?

Claramente esa fue mi reacción, ¿cómo iba a ayudar yo a ese delincuente? Por mucho que al encontrarme con él no me pareciera un delincuente, algo habrá hecho para estar ahí, la justicia es justa y yo confío en ella, no se merece mi ayuda. Bastante tengo yo con mis cosas, ¿es que alguien viene a ayudarme a mí? Y esa es otra, yo soy un hombre bueno, un hombre justo, ¿y ahora voy a cargar con la cruz de un delincuente?

Pero el guardia me volvió a gritar, y Jesús me volvió a mirar, y algo en mí se conmovió y de lo siguiente que soy consciente es de estar debajo de la cruz ayudando a Jesús.

Bueno, ayudando yo a Él no sé, Jesús únicamente me miró y me dijo con un hilo de voz; GRACIAS.

Jesús dejó su peso en mí, dejó su cruz sobre mí, ¡qué difícil! me hice grande por Él, me hice grande por su amor. Cogí su fragilidad y la convertí en fuerza para llegar allí cargando los dos con una cruz. Él había dejado su peso, su cruz sobre mí, y eso me llenó del amor más grande que jamás había sentido, tenía el dolor y la fragilidad de otra persona sobre mí y tenía que intentar por todos los medios apaciguar ese dolor. Jamás me he sentido tan débil y jamás he sentido tanto amor.

Reflexión:

¿Quién ayuda a quién? En esta estación, nos hemos puesto en la piel de Jesús, que es ayudado a cargar con la cruz, y en la piel de Simón que es el que ayuda a cargar con la cruz.

Siendo Jesús, hemos metido en el saquito, que simboliza una cruz, qué es lo que necesitamos de las personas que tenemos alrededor, qué gestos son los que a nosotros nos ayudan al cargar la cruz. Aunque, nada de esto nos ayuda si no somos capaces de en el camino, reconocer cuándo necesito ese compañero de camino, confiar, sentirnos pequeños y débiles y pedir ayuda al cargar. Este proceso, sentirnos pequeños y ver cómo confiando nuestra cruz es acogida, nos va a hacer sentir inmensamente amados.

Pero en esta estación también hemos sido Simón. Hemos metido en nuestra cruz, cómo puedo cargar yo con cruces ajenas. Hemos sentido que podemos dudar, nos podemos sentir también pequeños cuando cargamos con una cruz ajena. Y sobre todo, aunque podamos dudar a la hora de cargarla, “yo ya tengo mis cruces”; “se lo ha buscado él”, “bastantes líos tengo yo ya como para cargar con otra cruz”... el gran sentimiento de amor hacia la otra persona que has sentido. Sobre tu cruz mi corazón se hace grande en tu dolor.

Cómo al sentirnos débiles y pequeños, ambos os habéis sentido más fuertes cargando la cruz. Cuando asoman dos miradas, dos corazones ante una única cruz.

¿Quién ayuda a quién? Hemos empezado la reflexión con esta pregunta, ¿ayudó el Cirineo a Jesús? o ¿ayudó Jesús al Cirineo?; al cargar con una cruz ajena; ¿ayudó yo al cargarla? o ¿me ayudan al confiar en mí para cargarla?

4ª ESTACIÓN: LA MIRADA DE UNA MADRE (María)

Evangelio:

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego, dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio». (Juan 19, 25-27)

Reflexión:

Sí. Yo también estuve allí. Y escuché pronunciar esa palabra en el camino del Calvario, “madre”. No tenía respuesta, una vez más Dios me volvió a dejar sin palabras. Llevaba una semana algo revuelta: rumores, malas caras por todos lados, cuchicheos a cada esquina, mucha tensión en las calles y el nombre del pobre Pilato una y otra vez. Se acercaba el momento y aunque sabía que mi Hijo no era de este mundo sino del Padre, todavía no era consciente de lo que estaba por venir. La mañana pareció la de un viernes cualquiera, María la Magdalena pasó por casa a recoger unas telas, me encontré con Juan en el mercado, José no se movió de su taller... Pero a medida que el día avanzaba las malas noticias empezaron a llegar, esto sí que no me lo podía creer, ¿Dónde están sus amigos? Todos habían huido y tan sólo recuerdo a Judas, que lo entregó, a Pedro, que negó ser su discípulo y a Juan, que también lo conoceréis hoy. Los nervios me invadieron, lloré como nunca antes lo había hecho, el rostro lleno de lágrimas y mis labios sólo sabían callar ante semejante escándalo. Sólo podía mirar, callar y recordar. Recordar esa huída estando embarazada de Él, esa noche en Belén, ese niño capaz de perderse para poner a Dios antes que a mí, esos últimos tres años de vida compartida llena de milagros. Sólo podía mirarle y no abrazarle, sólo podía mirarle y no besarle, pero mirarle era mi única forma de consolarle. Y acepté, claro que acepté y abracé mi realidad, pero no podía llegar a comprender tanta crueldad y tanto sufrimiento. Habría dado lo que fuera por cambiar nuestros puestos, pero ya lo dijo Él antes de morir en la Cruz, “todo está cumplido”. Y es que entre tanto dolor, tanto odio e irritación lo único que me hizo permanecer fue su mirada de amor. No pudo elegir entre buenos y malos, no

vino para eso sino para amar hasta el final a todos, al que le arrestaba al que le empujaba, al que le desnudaba, al que le ayudaba, al que se encontraba, a todos sin excepción. Yo sólo supe acompañar, estar y mirar, no fui capaz de cargar y abrazar el sufrimiento como lo hizo Él. Porque Él estaba hecho de otra madera, la madera de la Cruz.

Reflexión;

Se acerca la hora. Jesús recorre el camino del Calvario y sólo deja ver su debilidad. Necesita compañía, consuelo, cariño... Ahora el amor infinito de su madre María es su único consuelo, y decide compartir este regalo con todos entregándonos a su madre. Qué difícil para María, cuando todo parece estar en orden, Dios le pide aún más. Y desde el silencio, las dudas y el dolor vuelve a decir Sí. Decide seguir el plan de Dios hasta el final, entregar a su Hijo y verle morir en la cruz. Todo por amor.

5ª ESTACIÓN: EL ROSTRO DE JESÚS (La Verónica)

Evangelio: “Oigo en mi corazón: <<Buscad mi rostro>>. Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que eres tú mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.”

Aquel día...

Muchos dirán que era un simple condenado, otro más de los muchos que crucificaban cada mes. Aunque es cierto que los gritos y el revuelo ese día era mucho mayor del que suele haber.

Me presento, soy Verónica, y este fue mi primer y único encuentro con Jesús.

Había oído hablar mucho de Jesús, el mesías. Que venía a salvarnos a todos y a traer el cielo a la tierra porque Él era el rey de reyes. También sabía que sus palabras habían llegado hasta los romanos y que sus amigos le vendieron por alguna razón.

Por alguna extraña razón, me sentí conmovida al enterarme y quise acudir al camino por donde peregrinaba hacia El calvario.

Todo lo que me habían contado sobre Él había sido tan importante en mi vida, que no me terminaba de creer lo que estaba pasando.

Fue entonces cuando le encontré. Nos encontramos.

Por el rostro de Jesús corría sangre sagrada.

Caía sudor en sus ojos hinchados y su rostro parecía distinguir una figura que se le acerca lentamente.

Sentí la necesidad de ofrecerle lo poco que tenía, un paño blanco para lavarle el rostro. No podía hacer menos por mi Señor.

El Espíritu me animó y así fue como el amor se puso al servicio del Hijo herido, ofreciendo mis manos y mi toalla.

Reflexión:

Ella le ofrece un corazón compasivo a un alma apasionada. El mal tal vez escupió en el rostro del Amor, pero el amor lo lavará de nuevo, siquiera por un momento. No hay gesto

de amor ni acto de caridad, por más pequeño que sea, que se ignore en el Reino de Dios. Es fácil estar harto del mundo. Todos pasamos por momentos de soledad, preguntándonos cuánta gente realmente nos ama y cuántos sólo piensan en sí mismos. Es fácil pensar que estás “sólo contra el mundo”. Sin embargo, seca tus lágrimas y verás que hay gente a la que sí importas. Incluso pequeñas obras de caridad y amabilidad pueden ser gracias abundantes de nuestro Dios mientras cargamos nuestra cruz de cada día. Así como los actos egoístas nos aíslan, los actos desinteresados nos unen a la comunidad, nos ofrecen esperanza y nos impulsan. Una sonrisa, una palabra amable, una llamada de ánimo – cualquiera de estas cosas puede consolar a las almas que lo necesitan. Estos actos limpian el rostro de Cristo, escondido en todos esos rostros que tienes a tu alrededor.

Observa el rostro de tu hermano durante unos minutos. Mírale a los ojos y encuentra en esa mirada la mirada de Dios. Descubre que el amor más grande del mundo se te ha dado a ti. Y en esa mirada, en tu hermano, está el regalo que Dios te quiere hacer hoy.

6ª ESTACIÓN: LA MUERTE DE JESÚS (Juan)

Señor, te veo aquí en tus últimos momentos, y no puedo dejar de recordar como hace tan solo unas horas estábamos cenando juntos, me sentaba a tu lado y nos reíamos. Como te arrodillaste a lavarnos los pies a todos, le sigo dando vueltas y ahora se lo que querías decirnos, ya entiendo lo que significa que tu siendo nuestro maestro seas quien nos sirvas de esa manera. Ese “haz tú lo mismo” que le dijiste a Pedro, resuena ahora en mi cabeza más que nunca, te prometo que así va a ser Jesús, te prometo que voy a servir y amar al mundo como tú me has enseñado.

No quiero que te vayas, no me puedo imaginar no tenerte al lado, consolándome, escuchándome, enseñándome y acompañándome, no puedo creer que tu supieras que esto iba a pasar, ¿porque no lo has evitado? ¿ porque no has huido? quiero suponer que esto debe de ser una muestra más de tu amor infinito, pero no lo entiendo señor, te juro que no.

Entre todos los pensamientos que se cruzan por mi mente, levanto la mirada porque parece que has hecho un ruido, y así es, te veo intentando hablar, tengo al lado a tu madre, cuando por fin consigues alzar la voz te diriges a ella con cariño y la dices “ Madre, ahí tienes a tu hijo”, seguidamente tu mirada se dirige hacia mis ojos, y me dices “hijo, ahí tienes a tu Madre”. No puedo aguantar más, se me saltan las lágrimas mientras abrazo a María con fuerza y en ese abrazo el nudo de mi estómago se deshace, siento que ya no me quedo solo si no estas, la tengo a ella, una sensación de esperanza envuelve mi cuerpo. Y pienso ¿Cómo es posible que incluso estando en estos momentos sepas que decir para llenar mi corazón?

El cielo está oscureciéndose, ya es tarde y nosotros seguimos aquí, no se dónde están los demás, y me enfada, pero ese sentimiento rápidamente se sustituye por uno de puro arrepentimiento, me doy cuenta en como debiste de sentirte ayer cuando todos huimos mientras te arrestaban, en cómo nos quedamos dormidos sabiendo que nos necesitabas. Me siento terrible, lo siento en el alma Jesús. Ahora mismo no estaría en ningún otro lugar que no fuese este, solo quiero estar a tus pies y que no te sientas solo.

Nos miramos a los ojos, noto como tu respiración cada vez es menos constante, siento como las fuerzas van abandonando tu cuerpo poco a poco. Entonces sucede, miras al

cielo y dices en alto: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", una última oración, confiada al Padre.